

El Imperio de la Sinrazón

Carlos Fernández Liria
Alberto Fernández Liria

Alegoría de la banca en El Jardín de las delicias, de El Bosco.

Si tuviéramos que algún tipo de deberíamos hacer en las que quien le ello no es sólo por pueda ocultar la v es también, sobre t mos sobre nosotros nosotros mismos p los demás- ha de p como aceptables. I vierte la máxima so en una tarea titánic

La experiencia incluida la parte q de los demás sobr niños, a modifica rando nuevos ele las historias que i mismos. Lo hacem de hacernos aparec propios ojos. Pero mos dotando a es necesaria para dar lo desafían.

El discurso deli

Al discurso que ha tarse por la exper traste con el disc más que producte fe, lo llamamos, en lirante. Llamamos características com samiento religioso, fundamento que n este tipo de discurs

Los discursos h nomía como en pe dad necesaria para

razón

z Liria
ez Liria

las delicias, de El Bosco.

Si tuviéramos que desconfiar en particular de algún tipo de declaraciones seguramente deberíamos hacerlo en primer lugar de aquellas en las que quien las realiza habla de sí mismo. Y ello no es sólo porque, para lograr alguna ventaja, pueda ocultar la verdad o mentir de mala fe. Lo es también, sobre todo, porque lo que nos contamos sobre nosotros mismos -y por tanto lo que de nosotros mismos podemos, de buena fe, contar a los demás- ha de permitir que nos reconozcamos como aceptables. Es esta necesidad la que convierte la máxima socrática del conócete a ti mismo en una tarea titánica.

La experiencia de lo que llamamos realidad, incluida la parte que de ésta supone el discurso de los demás sobre nosotros, nos obliga, desde niños, a modificar este autoconcepto incorporando nuevos elementos y marcando límites a las historias que nos contamos sobre nosotros mismos. Lo hacemos sin abandonar el propósito de hacernos aparecer como aceptables a nuestros propios ojos. Pero, en estado de salud, lo hacemos dotando a estas historias de la flexibilidad necesaria para dar cabida a las experiencias que lo desafían.

El discurso delirante

Al discurso que ha perdido esa capacidad de afectarse por la experiencia, de considerar el contraste con el discurso de los otros como algo más que producto de la ignorancia o la mala fe, lo llamamos, en psicopatología, discurso delirante. Llamamos dogma a un discurso de esas características compartido por un grupo. El pensamiento religioso, que no reconoce para sí otro fundamento que no sea la fe, es el prototipo de este tipo de discurso.

Los discursos hoy dominantes, tanto en economía como en política, han perdido la flexibilidad necesaria para abrirse a ser modificados por

la experiencia. El que sus predicciones no sólo no se cumplan sino que sean continuamente contradichas por los hechos, ya no es razón suficiente para dudar de su solvencia. Se pretende que sigan siendo el único modelo posible para explicar las cosas, incluso contra las evidencias. Tenemos un caso ilustrativo con el programa que anunció el PP para ganar las últimas elecciones. El hecho de que haya sido necesario contradecir todas y cada una de las propuestas electorales, hasta en sus más mínimos detalles, no es tan chocante como el hecho de que, pese a todo, se pretenda que eso no supone ningún tipo de objeción para su modelo político.

Los psiquiatras nos dedicamos profesionalmente a trabajar con personas que guían sus acciones por la percepción de realidades que no son compartidas por sus congéneres. El discurso delirante tiene una estructura característica que hace que la creencia central no se vea modificada por la experiencia ni por el razonamiento, aunque para preservarla sea preciso atribuir a tal experiencia significados que a quien no delira le parecerán disparatados. Pero, esta estructura delirante, ¿no se ha convertido cada vez más en la norma con la que nuestros expertos, políticos, economistas y tertulianos, hablan sobre cuestiones económicas? No es, sin duda, que sean ellos los que deliran. Ni tampoco que nos tomen a nosotros por sujetos potencialmente delirantes. Quizás se trate tan sólo de que es el mundo mismo el que se ha convertido en un delirio.

El capitalismo ha convertido este mundo en una pocilga. Pero, en los últimos tiempos, nos enfrentamos, además, a un mundo que sólo puede ser vivido, explicado o comentado en términos que psiquiátricamente podrían ser calificados de delirantes. No es que estemos todos clínicamente chillados. Pero hay fronteras entre el pensamiento común y el delirio que se han borrado de golpe. El sentido común se ha

puesto a delirar porque la realidad misma se ha convertido en delirante. Por eso no hay forma de atender a una tertulia en la radio o a un debate de la televisión sin tener la sensación de estar enloqueciendo.

La función que el delirio cumple para el delirante es preservar una visión aceptable de uno mismo que podría estar amenazada por la experiencia cotidiana. Algunos delirantes, por ejemplo, se defienden del sentimiento de incapacidad atribuyendo a supuestos perseguidores la no consecución de sus propósitos. Es exactamente lo que han hecho los directivos de las entidades financieras, que han mantenido sus beneficios durante la crisis que ellos han provocado, y que ahora pretenden responsabilizar de ésta a las pretendidas dificultades para despedir a los trabajadores que han producido la riqueza de la que ellos se apropiaron. A veces por partida cuádruple: primero en forma de beneficios empresariales, luego en forma de intereses de las hipotecas de los trabajadores, después en forma de "rescates" pagados por los gobiernos con los impuestos de los trabajadores y por fin en forma de inmuebles que son expropiados, además, sin que ello salde la deuda.

Otros delirantes pueden justificar su animadversión a algunos congéneres atribuyéndoles malas intenciones hacia ellos que éstos no tienen y liberándose, así, de la culpa que de otro modo les produciría su propia actitud hostil hacia ellos. Como las entidades que utilizan los fondos procedentes de los impuestos de los países de la Unión Europea, que ésta les presta a bajo interés, para comprar la deuda de algunos de estos países, después de haber hecho subir sus intereses por la mala calificación que les ha sido otorgada por unas agencias vinculadas a estas entidades.

Otro grupo de delirantes hace frente a este mismo sentimiento de impotencia proclamándose Mesías y empeñándose en salvar a la Humanidad de problemas que ésta no cree tener o de los que los delirantes carecen de medios para resolver. Como esas entidades financieras internacionales que siguen empeñándose en recomendar a países en dificultades las mismas estrategias que han llevado a los que lo precedieron a la ruina.



También hay delirantes que se defienden del sentimiento de impotencia atribuyéndose a sí mismos la culpa de acontecimientos que, para los demás, no han provocado. Aquí es más difícil encontrar ejemplos de esto entre los "economistas". En todo caso los habría en la política donde el déficit de capacidad delirante de los gobiernos puede ser suplido por la oposición (puede que el bipartidismo sea precisamente eso, un sistema en el que los ciudadanos eligen qué partido ejerce la impotencia y cuál delira, atribuyendo a la otra mitad de la clase política

los desastres causados por los "economistas").

Hay que insistir en absoluto, que los delirios colectivos y los delirios individuales, sociales, las sectas o las estructuras de los individuos que formalizan la cabeza. De haber habido religiones nostálgicas una enfermedad



Protestas delante del Banco de Inglaterra.

se defienden del
tribuyéndose a si
ientos que, para
Aquí es más di-
o entre los "eco-
ría en la política
delirante de los
por la oposición
sea precisamente
judadanos eligen
cia y cuál delira,
e la clase política

los desastres causados por la acción de los "economistas").

Hay que insistir en que esto no quiere decir, en absoluto, que los "economistas" estén locos. Un delirio colectivo no está hecho de miles de delirios individuales. Que las masas, los grupos sociales, las sectas o las mafias mantengan discursos de estructura delirante no quiere decir que los individuos que forman parte de ellos estén mal de la cabeza. De lo contrario, no podría haber habido religiones sin que fuera posible diagnosticar una enfermedad mental en las personas

religiosas. Lo mismo, por supuesto, pasa con los economistas. Su teoría delirante, no les exime de ninguna responsabilidad. Muy por el contrario, les es imputable el éxito de ese delirio. Ellos no están locos. Precisamente por ello, les es imputable, sin duda, colaborar a su manera en que este mundo se haya convertido en una locura.

Lo que sí que es cierto es que con el discurso de los economistas ya no es posible discutir científicamente, ni siquiera políticamente. Conviene más bien, alertar sobre su estructura delirante, detectarla ahí donde se manifieste y poner los medios

Sócrates, Platón, Rousseau, Kant, Hegel, creemos que se escandalizarían al ver a nuestros políticos afirmar que en España, Francia, Alemania o Grecia vivimos bajo el “imperio de la ley”, en “estado de derecho”.

para aislarlo y anularlo en su vertiente práctica. Porque lo que necesitamos actualmente ya no es solo, como en otras épocas históricas, un poco o un mucho de Justicia. La situación actual es tan grave que, para que haya Justicia, necesitamos, antes, recuperar algo así como la salud mental. Es decir, necesitamos recuperar *el uso de razón*.

¿Estados de derecho?

El que la humanidad recupere el uso de la razón es una vieja cuenta pendiente a la que en el siglo XVIII se llamó Ilustración. Una de las pretensiones de la Ilustración era sustituir el pensamiento religioso, basado en asunciones dogmáticas por otro basado en la razón. Al menos a la hora de establecer los principios rectores de nuestras sociedades. Sin embargo, si algún dios no lo remedia, estamos a punto de desembocar en la supremacía total del pensamiento religioso, con tal grado de depuración que para realizarse no tiene ya necesidad ni siquiera de la religión. Hoy, la Ilustración ya no se enfrenta tan solo a la religión; se enfrenta

al delirio. Kant definió la Ilustración como una mayoría de edad de la humanidad. Pero hoy no basta con dejar atrás la infancia. Ya no basta con ser mayor de edad, para recuperar el uso de la razón hay que recuperar la salud mental.

Nunca hemos estado tan lejos de ver cumplido el proyecto político de la Ilustración. Los países europeos, como por ejemplo el Reino de España, dicen ser Estados de Derecho. Sin embargo, para serlo de verdad (aunque fuera todo lo imperfectamente que se quiera, pues un Estado de Derecho tampoco tiene que ser un paraíso de la perfección), haría falta un componente esencial que, en nuestras sociedades, los filósofos de la Ilustración echarían en falta por regla general.

Es importante resaltar esto último. Si decimos que esto que vivimos, por ejemplo en Europa, no es un Estado de derecho no lo hacemos para expresar nuestra opinión de furibundos comunistas antisistema. Lo que decimos es que son los propios filósofos gracias a los cuales hemos entendido lo que significa esa fórmula los que lo negarían. Sócrates, Platón, Rousseau, Kant, Hegel, creemos que se escandalizarían al ver a nuestros políticos afirmar que en España, Francia, Alemania o Grecia vivimos bajo el “imperio de la ley”, en “estado de derecho”. Y no es que seamos estados de derechos muy imperfectos, es que no tenemos nada que ver con ese proyecto político.

Vivimos en una sociedad capitalista. El capitalismo es un sistema de producción en el que la población en general carece de medios de producción para subsistir por su cuenta o, lo que no es sino la otra cara de la moneda, un sistema en el que la mayor parte de la población tiene que buscarse la vida –vender su fuerza de trabajo– en el mercado laboral, a cambio de un salario. En este mercado laboral, la gente se ve obligada a trabajar en lo que sea, al precio que sea, para producir lo que sea, en la cantidad que sea y de la manera que sea, es decir, la gente está vendida a vida o muerte a una lógica de producción que se determina a sus espaldas y, además, actualmente, de forma cada vez más misteriosa incluso para los economistas más pretenciosos, en ese mundo del sinsentido y lo imprevisto al que llaman “los mercados”.

Independientemente del capitalismo, ha a los citados filósofos “estado de derecho” zado a la sociedad, e ción sin condicione de producción prop Ilustración llamó “i este sentido en el q elemento que había piedad. Es el conce el que nos da la cl -para los grandes fil propiedad y “frater dad, en este sentido de la población car subsistir –aunque l tierra para cultivar “fraternidad”. Ahor:



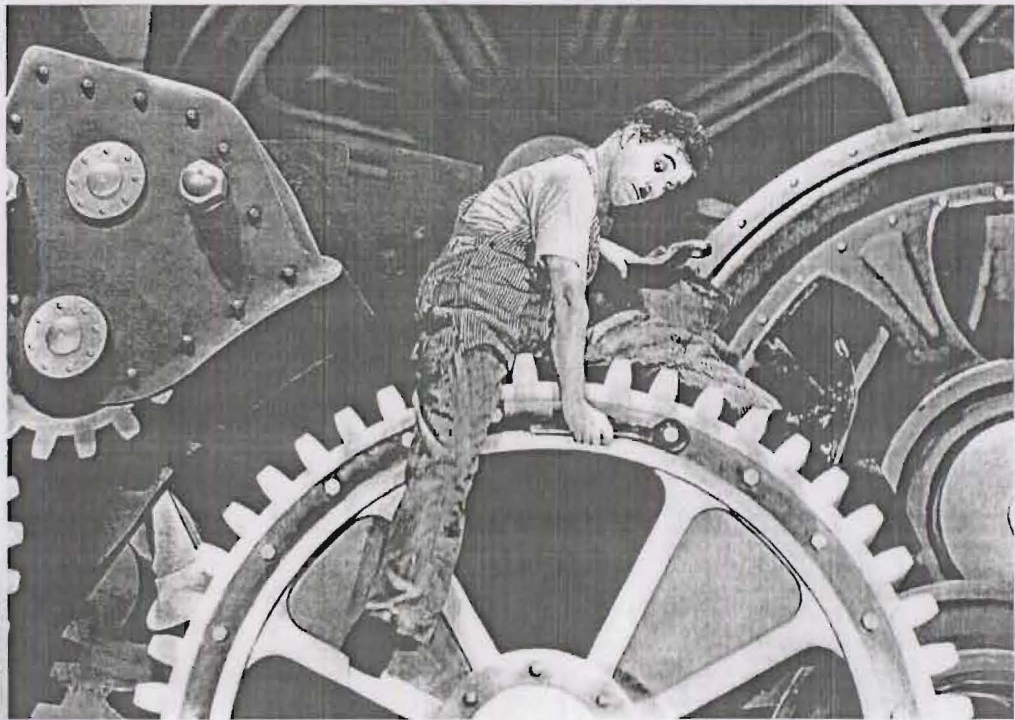
on como una
 Pero hoy no
 no basta con
 el uso de la
 ental.
 de ver cum-
 istración. Los
 o el Reino de
 cho. Sin em-
 e fuera todo lo
 res un Estado
 un paraíso de
 onente esen-
 os filósofos de
 regla general.
 io. Si decimos
 en Europa, no
 emos para ex-
 os comunistas
 e son los pro-
 mos entendido
 re lo negarían.
 egel, creemos
 estos políticos
 mania o Grecia
 , en "estado de
 os de derechos
 os nada que ver

italista. El ca-
 ducción en el
 ece de medios
 r su cuenta o,
 la moneda, un
 le la población
 er su fuerza de
 cambio de un
 la gente se ve
 , al precio que
 la cantidad que
 ir, la gente está
 gica de produc-
 ladas y, además,
 más misteriosa
 is pretenciosos,
 o imprevisto al

Independientemente de lo que pensemos sobre el capitalismo, hay una cosa en todo esto que a los citados filósofos les impediría ya hablar de "estado de derecho". El capitalismo ha proletariado a la sociedad, es decir, ha dejado a la población sin condiciones de existencia y sin medios de producción propios y, por tanto, sin lo que la Ilustración llamó "independencia civil". Y es en este sentido en el que hay que buscar la pista del elemento que habíamos echado en falta: la propiedad. Es el concepto de "independencia civil" el que nos da la clave de la relación que había -para los grandes filósofos de la Ilustración- entre propiedad y "fraternidad". Es la falta de propiedad, en este sentido concreto de que la mayoría de la población carezca de medios propios para subsistir -aunque fuera tan sólo un pedazo de tierra para cultivar-, la que hace imposible la "fraternidad". Ahora vamos a ver por qué.

Estamos ante una población para la que se cumplen (o podríamos aceptar provisionalmente que se cumplen) dos de los aspectos del lema de la Revolución Francesa, la libertad y la igualdad, pero no el tercero, la fraternidad. Aunque el asunto de la "fraternidad" parece el lado más emotivo y ornamental del lema de la Revolución Francesa, en verdad es todo lo contrario. Fue Robespierre -el representante del Terror jacobino- quien introdujo ese término y con un sentido muy distinto al que se piensa. Al hablar de "fraternidad" se estaba aludiendo a algo así como un imperio de los hermanos, como una emancipación de éstos respecto al padre, el amo, el señor, el patrón, el soberano (y por supuesto, habría que decir también, el marido). "Fraternidad" quería decir "independencia de la voluntad de otro". Esta era la condición imprescindible para que pudiéramos hablar verdaderamente de "ciudadanía".

Una secuencia de Tiempos modernos, de Chaplín.



Ante todo, hay que cumplir con la voluntad del mercado. Y todo es en vano: los mercados están como una cabra. Jamás un dios ha estado tan loco para cambiar de opinión cada mañana, cada minuto, incluso cada milésima de segundo.

La tiranía de los mercados

El ciudadano, que es libre, autónomo e independiente, se distingue del siervo, que depende de su señor. Pero la libertad y la igualdad no son suficientes. De poco sirve, por ejemplo, ser libre e igual a los demás en un mercado laboral en el que de todos modos no vas a poder elegir más que trabajar en lo que sea, al precio que sea, de la manera que sea. Ser libre e igual *ante la ley* puede ser una trampa mortal si *materialmente* se está vendido a la voluntad de otro. Ser libre e igual sin independencia civil quiere decir ser libre e igual sin las *condiciones materiales* para poder ejercer tu libertad y tu igualdad. Sin eso, la Ilustración escribe en un papel mojado. Cuando hay libertad e igualdad pero no "independencia civil", la población es libre para nada e igual en la nada, ciudadanía de un mundo nihilizado. Esa población está vendida a ser libre para elegir lo que

otro quiere. En el momento actual ese otro son los que llamamos los mercados.

Y la verdad es que, probablemente, el ser humano no se ha encontrado jamás tan expuesto a los caprichos tiránicos de un amo como actualmente. Hemos vuelto a la Edad Media, pero a una Edad Media exagerada y asfixiante, desproporcionada, insaciable. En los libros de Historia se suele decir que el hombre del medievo era fundamentalmente religioso, como si su paso por este mundo no tuviera otro sentido que estar a la espera de una vida más allá. El campesino medieval, se dice, vivía consagrado a su dios, pendiente de su dios, deseoso de complacerle haciendo diariamente sus deberes... O sea, exactamente lo mismo que hoy día ocurre con los mercados. "Hacemos los deberes" -como dice Rajoy- para calmar la ira de los mercados, para infundirles confianza, para prometerles ser buenos en el futuro con los recortes y los planes de ajuste, para que no cambien de opinión y aumente la prima de riesgo, para que no se calienten demasiado, para que no se enfrien, para que no se constipen.

Monti dijo que los mercados ya no eran compatibles con la pretensión de vivir varios años en el mismo sitio. Incluso dijo que eso tenía que parecernos divertido. Los campesinos de la Edad Media, a menudo, no salían de su pueblo en toda su vida. Hoy la voluntad de los dioses nos quiere nómadas, pero nómadas sin familia, sin hijos, sin religión, sin lastres culturales, sin nada más que lo puesto para poder correr ligeros aquí y allá, según los mercados nos vayan necesitando. Ante todo, hay que cumplir con la voluntad del mercado. Y todo es en vano: los mercados están como una cabra. Jamás un dios ha estado tan loco para cambiar de opinión cada mañana, cada minuto, incluso cada milésima de segundo. Los mercados de futuros y derivados financieros sí, están mucho más locos y son mucho más imprevisibles que Nerón o Calígula. Y además tienen mucho más poder. Incluso lo de Sodoma y Gomorra puede ser una broma comparado con un hundimiento general de la confianza en los mercados. Si perdemos la confianza de los dioses, no hay nada que hacer. Los economistas tertulianos hablan, por eso, un

lenguaje completa-
sangre de los mer-
cerla circular, por
crificios humanos.
y bajo ninguna re-
tan constantemente
Los dioses solían s-
que Jehová era alg-
pero nunca en las
dios de Moisés o I-
los días temblando
el periódico para
sobre el humor de
un dios exigente, p-

Es un disparate
bre absoluta hacia
recido a Kant, Rou-
esa condición a la
Aquí habrían rec-
Antiguo Régimen
opaco y criminal.
la libertad, la igua-
bien -y aquí es a c-
ternidad es impos-
lo más opuesto qu-
hemos llamado "ir-
pender de la volu-
tualmente, somos
libres para elegir lo
condiciones en la
vendidos a un am-
"fraternidad" (en s-

lenguaje completamente religioso: hablan de la sangre de los mercados, de cómo hay que hacerla circular, por cierto, con la sangre de los sacrificios humanos. En suma: jamás en la Historia y bajo ninguna religión, la población ha vivido tan constantemente pendiente de un Más Allá. Los dioses solían ser bastante estables. Es cierto que Jehová era algo celoso y tenía mal carácter, pero nunca en las proporciones actuales. Los judíos de Moisés o David no se levantaban todos los días temblando de miedo y corrían a mirar el periódico para consultar la prima de riesgo sobre el humor de Jehová. Se suponía que era un dios exigente, pero no que fuera un demente.

Es un disparate pretender que esta servidumbre absoluta hacia un amo chiflado, habría parecido a Kant, Rousseau o Hegel compatible con esa condición a la que llamamos "ciudadanía". Aquí habrían reconocido más bien un nuevo Antiguo Régimen, pero mucho más oscuro, opaco y criminal. La ciudadanía se define por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Ahora bien -y aquí es a dónde íbamos a parar-, la fraternidad es imposible porque esta situación es lo más opuesto que podemos imaginar a lo que hemos llamado "independencia civil" (el no depender de la voluntad de otro para existir). Actualmente, somos (¿quizás?) iguales ante la ley y libres para elegir lo que queramos, pero en unas condiciones en las que *materialmente* estamos vendidos a un amo loco. Que no es posible la "fraternidad" (en suma: la emancipación de los

hermanos respecto del padre), significa que la libertad y la igualdad están escritas en un papel mojado, pues la libertad no puede obrar sin condiciones materiales para ello y la igualdad es un mero *flatus vocis* si no viene respaldada por la posibilidad de ser independiente materialmente. Es como si un padre, sabiendo que su hijo está en paro irremediable y sin un euro en el bolsillo, le dijera al cumplir 18 años: "Ahora ya, por fin, somos iguales, puedes independizarte, irte a vivir a otra casa, tomar decisiones sin consultarme, fundar una familia y si quieres, incluso comprarte un coche como el mío. No sé a qué estás esperando para emanciparte, ya no tienes que obedecerme en nada". Esto es puro sarcasmo si el padre sabe que el chico va a seguir dependiendo de él materialmente hasta para respirar.

En resumen: sin "fraternidad" el lema de la Revolución Francesa se queda sin materialidad. Un ciudadano sin independencia civil es libre de todo en unas condiciones en las que no hay nada que hacer, excepto trabajar en lo que sea, como sea, al precio que sea, según los caprichos de unos mercados que son, actualmente, los amos de todos los amos.

Carecer de independencia civil bajo las condiciones capitalistas actuales no nos convierte simplemente en esclavos o en siervos. Para aguantar este mundo no basta ya con unas buenas dosis de servidumbre. Cada día es más y más preciso haber perdido la razón •

Carlos Fernández Liria es profesor de Filosofía en la Universidad Complutense
Alberto Fernández Liria es psiquiatra.

primer acto

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN TEATRAL

Nº 343
II/2012

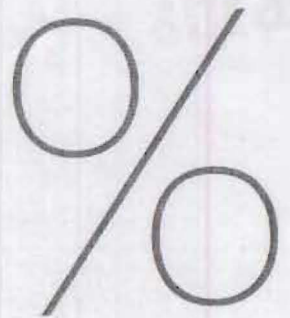
TERCERA ÉPOCA

22 €



teatro

• El imperio de la sinrazón • El fracaso de la historia • El secuestro de la ética • El futuro de África • 3 Rebeldees • 20604 Eurotop • Búsquedas • Escenarios • La estafa del imaginario • Teatro UNCUT • La tragedia griega • Nuevos tiempos para la Fundación Autor • Arte y dinero • Europa: De la crisis del teatro al teatro de la crisis



Textos de:

Ayer, de Helena Tornero • El nacimiento de mi violencia, de Marco Canale
• Punto muerto, de Blanca Domenech • Plaza Sintagma, de Guillermo Heras
• El precio, de Lena Kitsopoulou • Miles, de Francisco Campano

Sumari

Dirección:
José Monleón

Subdirección:
Ángela Monleón
Redactor Jefe:

José Díaz Satorre

Consejo de Redacción:

Ignacio Amestoy, Manuel Aznar Soler, Josep Maria Benet i Jornet, Jaime Chalbaud, Víctor Claudín, Roberto Cossa, Marco Antonio de la Parra, El Arbi El Harti, David Ladra, Carmen Losa, Nieves Mateo, Santiago Martín Bermúdez, Ángel Martínez Roger, Juan Mayorga, Jaime Millás, Héctor Oliboni, Itziar Pascual, Juliana Reyes, Sandro Romero, Mauricio Rosencoff y Aristides Vargas

Secretario de Redacción:

Javier Hernando Herráez

Programa Teatro y Democracia:

Presidente: Federico Mayor Zaragoza

Dirección: José Monleón (España) y Carlos José Reyes (Colombia)

Coordinador General América Latina: Carlos Ianni (Argentina-CELCIT)

Dirección Administrativa: Elena M. Cuesta

Suscripción y Publicidad: primeracto@primeracto.com

Diseño y maquetación: IMP comunicación

TARIFAS 2013

Precio ejemplar: 22 euros

Anual (2 números):

Incluidos IVA y gastos de envío

España: 39 euros

Otros países: 59 euros

IMPRIME

Artes Gráficas San Miguel, S.A.

02080 Albacete

Tel. 967 21 55 47

Dep. Legal: M-4930-1959

I.S.S.N.: 00328367

PRIMER ACTO

Ricardo de la Vega, 18 – 28028 MADRID – Tel. 91 725 80 85 – Fax. 91 726 37 11

REDACCION: reda@primeracto.com

ADMINISTRACIÓN, VENTA Y SUSCRIPCIONES:

primeracto@primeracto.com – www.primeracto.com

EDITORIAL

Vertebrar el testir

VERTEBRAR EI

El imperio de la s

El fracaso de la h

El secuestro de la

Mahoma como e

El futuro de Áfric

Arte y dinero, po

Europa: De la cri

La estafa del ima

Prohibido hablar

Un gran desafío,

Paz en Colombia

Lo que pasa..., ¿

La república del

Teatro siempre, ¿

La responsabilidad

Fragilidad, por ¿

¿Qué desastre de

Homenaje a Pab

¿Por qué lo llama

El gran casino, ¿

Depende de nos

Más de cien año.

Los jóvenes no p

Apuntes sobre...

Monocultivo, po

La crisis se come

Mercado callejer

TEATRO UNCU

Texto presentaci

El programa Un

Ayer, por Heler

El nacimiento d

Punto muerto, c